

# Convocatoria a la Unidad Cristiana

Aún más que los Atlas y los Sputniks ha estremecido al pueblo cristiano la solemne convocatoria conciliar de S. S. Juan XXIII bajo el signo de la Unidad cristiana. A la Iglesia Católica le duele la herida de la triste escisión del siglo XVI, pero más aún el cisma de las Iglesias ortodoxas de Oriente. Y como buena madre, no se acostumbra a la ausencia suplicando anhelante con la Didajé:

“Como este pan partido estaba antes disperso por los montes, y recogido se ha hecho uno, así se reúna la Iglesia de los confines de la tierra en tu Reino.”

Ya desde la primera cristiandad se forjó la unidad cristiana en torno a Roma y a su Obispo, que era el aglutinador de las iglesias dispersas. Una Iglesia pertenece a la Koinonia, a la Comunión cristiana, a la Internacional los que siguen a Cristo si entronca con el último eslabón, Roma. Ya el Obispo Ireneo destaca el puesto de principalidad de la Iglesia de Roma, razón por la cual **“todas las demás Iglesias tienen que convenir con ella”**. Es la comunión con el Obispo de Roma, no con el de Constantinopla o Alejandría, la que da el certificado de verdadera ortodoxia cristiana, como con certera frase lo confirma el Obispo San Cipriano, que por otra parte tuvo sus estridentes diferencias con ella: **“Ella es la madre y raíz de la Iglesia católica de la que ha nacido la unidad de los Obispos”**.

Muchos desgarrones ha sufrido al correr de los siglos la túnica inconsútil del Cuerpo Místico de Cristo, y hoy, ante la monolítica muralla amenazadora del ateísmo comunista y la ansiosa prisa con que se crean los bloques políticos supranacionales, destaca más que nunca la división de las Iglesias cristianas. Cristo dividido es el gran escándalo ante los ojos de los millones de paganos primitivos, los de antes, y paganos modernos, los tecnológicos, que vacíos de alma enrumban hacia El. Hay un saludable remordimiento de conciencia en el Movimiento Ecuménico del protestantismo moderno. Se revisan, vaciándolas de su subjetivismo de siglos, las viejas fórmulas doctrinales de las que brotó la discordia. Se canta sinceramente el “mea culpa” contrito de las culpas propias de

parte y parte, y numerosos puentes de comprensión mutua atraviesan el torrente ruidoso de las viejas rencillas de ideas y prejuicios. Sobre el mundo complejo de las Iglesias separadas de Oriente se cierne aún, en su casi total geografía, la nube fatídica roja. ¿No habrá fecundado bajo ella en tierra mártir el Espíritu Santo la bendita semilla de la unidad cristiana? Ese largo invierno será fecundo.

El próximo Concilio Ecuménico va a ser el tercero que se convoca bajo la consigna de la Unidad. Fue el primero el de Lión (11), convocado por el Papa Gregorio X, y en el que participó el emperador bizantino Miguel Paleólogo. En él se intentó la unión con las Iglesias separadas griegas. Se celebró en 1274, y se llegó a la Unión de las Iglesias. Desgraciadamente, ya para el año 1282 se reanudó oficialmente el cisma. El segundo se celebró en Florencia, convocado por Eugenio IV y duró de 1439 a 1445. En él las Iglesias griegas se decidieron a la unión, que tampoco duró mucho tiempo.

Ante el Nuevo Concilio, que va a ser el más ecuménico, universal, de los celebrados hasta ahora, juzgamos necesario orientar a nuestros lectores sobre el estado actual de la Unión de las Iglesias cristianas, para que así ellos puedan con su caridad y oración apresurar la hora de la reconciliación, siguiendo aquel precioso consejo que da San Cipriano:

“Ante todo el Maestro de la Paz y Maestro de la Unidad no quiso que cada uno orara en privado, y para sí, pues no decimos: “Padre mío que estas en los cielos, ni dame hoy mi pan... La oración nuestra es pública y común, y cuando oramos no lo hacemos por uno, sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo somos una cosa. El Dios de Paz y el Maestro de la Concordia, que nos enseñó la Unidad, quiso que cada uno orara por todos, así como El llevó en Sí a todos”... (PL. 111, 1, 42).

## MOVIMIENTO ECUMENICO

Al atomismo desintegrador del viejo protestantismo responde hoy una tendencia irrefrenable hacia la unidad. Por de pronto se trata de crear el frente protestante, como primer paso. Los protestantes europeos forman un grupo bastante homogéneo, a pesar de la dualidad luterano-calvinista. Las Iglesias libres de Inglaterra y Estados Unidos se están convirtiendo en divisiones de tipo admi-

nistrativo sobre una amplia base interconfesional. Las Iglesias jóvenes, sobre todo de Asia y Africa, no entienden la división cristiana que les escandaliza y les cierra las puertas del mundo pagano. El protestantismo moderno, prescindiendo de las Iglesias fundamentalistas y de las nuevas y agresivas sectas americanas, está convergiendo por múltiples caminos en un cauce de mayor unidad orgánica y doctrinal. Instrumento principal de este Movimiento dicho "Ecuménico" es el Consejo Ecuménico de las Iglesias, existente desde 1948. Podíamos definir así el Movimiento Ecuménico:

"El conjunto de esfuerzos emprendidos por las Iglesias cristianas, no pertenecientes a la Iglesia de Roma (y hasta ahora tampoco al Patriarcado ortodoxo de Moscú), para volver a encontrar la unidad perdida."

Hasta hace poco el término ecuménico (universal) se reservaba a la Iglesia Católica (Concilios Ecuménicos) o a las Iglesias ortodoxas (Patriarcado Ecuménico). Desde hace unos años el término Ecuménico o ecumenismo se refiere también al movimiento religioso que estamos estudiando, y Roma misma lo ha aceptado al enviar al Episcopado la instrucción (1949) *Ecclesia Catholica* con directivas "de re ecuménica".

Sobre 2.500.000.000 de seres humanos, **820.000.000** son cristianos. Estos, a pesar del nombre común de "cristianos" no sólo no están divididos, sino que en la práctica se hostilizan con frecuencia, y de hermanos separados se han convertido en hermanos enemigos. Los 440 millones de católicos, los 160 de protestantes (con sus innumerables sectas), los 50 de anglicanos y los 170 de ortodoxos, dan a los paganos y no cristianos el espectáculo trágico de Cristo desgarrado. Por eso el Consejo Ecuménico, reacción organizada contra el escándalo de la división cristiana, es una de las gracias más notables que El Espíritu Santo ha concedido a nuestro siglo.

El Consejo Ecuménico no es una super-iglesia, con jurisdicción sobre sus miembros, sino un "Consejo de Iglesias, un guía que les ayuda a reformarse, una mesa redonda donde ellas se encuentran, un instrumento de trabajo en orden a la solución de los problemas cristianos". Cada Iglesia que se afilia al "Consejo" debe suscribir la siguiente base dogmática: "Jesucristo es Dios y Salvador". Debe presentar su plataforma ideológica y sus derechos, pero reconociendo que

las demás Iglesias poseen, por lo menos, huellas, señales de la Iglesia Universal (vestigia Ecclesiae). En 1948 se afiliaron 150 Iglesias, y para hoy se ha rebasado el número de 170, entre protestantes e iglesias orientales.

El pastor M. Boegner caracteriza así al "Consejo". Es un **Testigo**: porque ha inventariado todas las fuerzas cristianas del mundo moderno, dándoles ocasión de encontrarse y trabajar juntas por Cristo. **Un educador**: ha ofrecido a las Iglesias un ideal común, el de la "*Una Sancta*", que se entrevé en su plenitud. **Un Profeta**: porque busca el juicio de Dios sobre los problemas religiosos de nuestro tiempo. Y el pastor O. Tomkins ha definido como "una Comunidad de espera (escatológica) de la Iglesia Universal, orientada hacia el milagro de la Unidad, que implora de Dios".

El Congreso de Edimburgo (1910) fue el punto de partida. Fue una reunión del protestantismo misionero bajo la inspiración del patriarca de las Misiones protestantes modernas John Mott. Dos decisiones importantes señalan el Congreso: la de evitar la división entre las sectas, que anula la eficacia de la evangelización, y la tomada por el Obispo Brent de crear el Movimiento "Fe y Constitución". Entre el Congreso de Edimburgo (1910) y el de Amsterdam (1948) se celebran una serie de conferencias y reuniones que van preparando el camino al "Consejo Ecuménico". El 1921 se crea en Lake Mohong (USA) el Consejo Internacional de Misiones (CIM). En 1927 en Lausana (Suiza) se instala la primera conferencia mundial del Movimiento "Fe y Constitución", en la que se buscan con ardor los "puntos fundamentales del dogma". Allí se exteriorizan bien definidas las dos tendencias, la "católica", representada por la ortodoxia greco-rusa y el anglicanismo, y la "protestante", que, como siempre, acapara la mayoría de los representantes.

La segunda Conferencia mundial de dicho Movimiento, celebrada en Edimburgo, se puede calificar de "histórica", pues allí se llegó a encontrar el hilo conductor entre el laberinto de las sectas: "oración para una comprensión común de la Verdad tal como está en Jesús y para ser guiados por el Espíritu Santo hacia la plenitud de la unidad".

En 1948 tuvo lugar en Amsterdam la primera Asamblea del "Consejo Ecuménico de las Iglesias" (C. O. E.), paso decisivo hacia la unión de las Iglesias. El programa de la Asamblea se resume

en "El desorden del mundo y los designios de Dios, que se diversifican en las cuatro secciones: "La Iglesia Universal en los designios de Dios", "Los Designios de Dios y el testimonio de la Iglesia", "La Iglesia y el desorden de la Sociedad", "La Iglesia y el desorden internacional".

Se plantea directamente y a cargo de grandes teólogos el problema de la naturaleza de la Iglesia. "Es una institución propagada en el tiempo por la sucesión apostólica", o es un acontecimiento del Espíritu Santo, vocación de Dios a los hombres, no exigiéndoles sino la fe en Cristo Salvador". El teólogo alemán Barth defendió la segunda posición, la protestante clásica. En la Asamblea los representantes de la "Iglesias Jóvenes" se resintieron de su "minoridad", advirtiendo el carácter demasiado occidental de la reunión.

En diversas reuniones entre 1949 y 1954 se fue preparando el Congreso de Evanston. Son dignas de notarse la de Lund (Suecia) en 1952, donde trata de resolverse en vano el angustioso dilema "catolicismo-protestantismo", y las dos de Lucknow (India) de diciembre de 1952 y 53, donde el Consejo Ecuménico recibe su "bautismo asiático" y se trata de dar un carácter más universal a la próxima Asamblea de Evanston. Esta (1954) constituyó un acontecimiento religioso de repercusión mundial. En torno al tema "Cristo la única Esperanza del mundo" se agrupan en larga discusión la tendencia europea con base en la segunda venida de Cristo a la tierra (escatológica) y la americana, en la dimensión terrena, con la mira puesta de vivificar la sociedad con los principios del Evangelio. Dogmáticamente la Asamblea se parapeta en las trincheras de la fe protestante, lo que provoca las violentas reclamaciones del presidente ortodoxo, el Arzobispo Miguel. Sin embargo, se promulgan hermosos decretos ecumenistas, y se recomienda oficialmente la "Semana de la Oración universal por la Unidad cristiana". La crítica de Evanston, y aun del Consejo Ecuménico, se podría alargar indefinidamente. Los mismos asambleístas la hicieron durante la reunión.

El punto más débil del Consejo Ecuménico es que, a pesar de todas sus declaraciones de autodefensa, no deja de ser el instrumento de expresión más poderoso del protestantismo moderno. La presencia de las Iglesias orientales apenas pesa, y los Obispos ortodoxos no se sienten a gusto sumergidos entre la

masa de los "herejes". La estrecha colaboración del Consejo Ecuménico con el Consejo Internacional de Misiones, organismo de proselitismo protestante, y aun su prevista fusión con-él, le privan de su universalidad, y ya ha habido varias reclamaciones de las Iglesias orientales que están temiendo, y no les deben faltar pruebas de ello, que su colaboración sirva de cabeza de puente al proselitismo protestante en las zonas ortodoxas. A nosotros los católicos latinoamericanos no nos da tampoco ninguna tranquilidad el ver entre los directivos del Consejo nombres de bien caracterizados jerifaltes del agresivo protestantismo indígena y norteamericano.

Otra de las justificadas críticas es la ambigüedad de los textos teológicos provenientes del Consejo. Católicos y ortodoxos se quejan de ello, alegando, dentro de la organización éstos, que la fórmula de fe debía hacerse en términos precisos, como la de Nicea, para cerrar el paso al protestantismo liberal. Al contrario, los elementos de tendencia liberal encuentran sumamente comprometedoras las fórmulas doctrinales básicas del Consejo.

El Dr. Visser't Hoof, el Secretario perpetuo del Consejo Ecuménico desde sus comienzos, justifica sin embargo esta ambigüedad por la complejidad y enorme diversidad de las doctrinas teológicas coincidentes. Con todo es muy difícil evitar el equívoco sin una mayor precisión del lenguaje, y más en delicadas materias teológicas.

#### **POSTURA CATOLICA ANTE EL MOVIMIENTO ECUMENICO**

Antes de enfocar la postura de la Iglesia ante el Consejo Ecuménico y sus posiciones doctrinales examinemos nuestro deber de católicos ante el problema. Debemos renunciar en primer lugar a la clásica cerrazón de muchos que no saben distinguir el precioso metal entre la vil escoria. No podemos menos de admitir la buena voluntad y el sincero deseo de nuestros hermanos separados de encontrar la "verdadera Iglesia de Cristo". La copiosa mies de conversiones a la Iglesia católica de muchos de los mejores representantes del protestantismo moderno es la mejor prueba. En primer lugar hay un Ecumenismo espiritual al que nos debemos incorporar, el de la plegaria y el de la caridad cristiana. La ausencia de ellas fue la que rompió, sobre todo los puentes de la unidad cristiana. La mejor plegaria ecuménica es unir

nuestra oración con la de nuestros hermanos separados para hacerla coincidir con la de Cristo: "Que sean unos, como Tú y Yo somos uno"... No podemos menos de aprobar las preces que dentro de la Iglesia se hacen por la conversión y la vuelta a la Iglesia de nuestros hermanos separados. Así la Iglesia ha aprobado "la Octava de Pentecostés" que preconizó León XIII, y la de la Unión de las Iglesias de los pastores anglicanos Spencer Jones y Pablo Watson, que se naturalizó católica al convertirse el último a nuestra Santa Fe. Siguiendo la misma línea brotaron hermosas iniciativas en el anglicanismo catolizante de Gran Bretaña, como el "Council for promoting Catholic Unity" (1920) y el "Church Unity Octave Council" (1921). Estas fórmulas no dejaban, sin embargo, de herir la sensibilidad de los hermanos disidentes, pues les recordaban un mal estado de conciencia y les recalaban la idea de que estaban en el error. Fue un humilde sacerdote francés quien encontró la fórmula feliz, el P. Pablo Couturier. Perteneciente a la Congregación sacerdotal de San Ireneo, tuvo que renunciar a la predicación, la principal labor de su instituto, pues no tenía cualidades para ello, y lo dedicaron a la enseñanza que tampoco era su fuerte, a la que se entregó durante cuarenta años. El secreto de su fuerza diaria era su "misa". Por medio del eminente teólogo y director de Almas P. Alberto Valensin se pone en contacto con un pequeño grupo de refugiados rusos en Lión, y se le descubre la gran misión de su vida: la oración por la unidad de las Iglesias. Este pobre sacerdote, insignificante, va a ser, además de descubridor de la gran fórmula de oración por la unidad cristiana, el misionero "de la caridad católica, de la verdad católica, de la sencillez católica, sin exageración, sin concesiones, sin compromisos, con continuidad y eficacia" (Mons. Cristiani) y en las innumerables conferencias, reuniones, contactos... interconfesionales a los que asiste. Y ¿cuál es esa feliz fórmula de oración que aceptó oficialmente aun el Consejo Ecuménico en Evanston? Oigámosle:

"El objeto de esta plegaria octaval es la petición de un milagro, cuyas modalidades son el secreto de Dios. Se trata en efecto, de ablandar todas las almas al soplo de una oración común, intensa y perseverante, todos los grupos cristianos, para hacerlas plásticas y dóciles a la acción del Espíritu". El sabe que "todavía no ha llegado el tiempo del trabajo de teólogos y jerarquías, pero sí y ur-

gente el de saneamiento psicológico por la oración, por la bondad, por la estima recíproca de los individuos y de todos sus valores humanos y cristianos, todos frutos suaves de la Caridad."

Su fórmula se concreta así: "Pedir por la unidad de todos los cristianos, tal como Cristo la ha querido para su Iglesia", o "Unidad que Cristo quiere y por los medios que El quiera". Y para particularizar más la fórmula "pedir por la santificación" de cada uno de los grupos cristianos: católicos, ortodoxos, anglicanos, protestantes, dando por supuesto que esa emulación por la santidad y la fidelidad a Cristo llevará a los individuos y a los grupos a un mutuo acercamiento, y a entrar en el verdadero camino que eleva "a la Unidad".

Hay que llevar a este clima, que es el de la Oración Sacerdotal de Cristo, a todos los cristianos, y en esta atmósfera no dejará de trabajar el Espíritu Santo, que lo es de unidad y santidad. Esta oración humilde, pues reconoce su parte de responsabilidad en la división cristiana, y confiada, es la mejor mesa redonda donde nosotros los católicos nos podemos juntar con nuestros hermanos separados. ¿No seguirá siendo el alma bendita del P. Couturier, muerto en 1953, misionera de unidad, como un puente entre los dos Cristos, el dulce Cristo en la tierra del Vaticano y el glorioso de los cielos?

Además del ecumenismo de la oración y de la comprensión la Iglesia no deja de apoyar el trabajo de que se ha venido llamando el Ecumenismo científico, y lo ha hecho oficialmente por medio de la instrucción del Santo Oficio "Ecclesia Catholica" de 1949, que es como la carta fundamental del trabajo unionista en el plano nacional e internacional. La Santa Sede bendice y apoya los varios centros o focos de ecumenismo científico, hogares también de plegaria y caritativa comprensión, que se extienden por el mundo. Enumeremos algunos de ellos:

El Priorato de Amy sur Meuse (Bélgica), que orientado en primer lugar hacia las Iglesias Orientales, se consagra desde 1948 a la investigación ecuménica. Este priorato benedictino publica la revista trimestral *Irenikon* y celebra cada año, en septiembre, un encuentro interconfesional.

El Centro Istina de París (d'Auteil, Boulogne, Seine, France) que en colaboración con el Centro de San Ireneo de

Lión publica el boletín mensual "Vers l'unité chrétienne", y la revista trimestral *Istina*, que sigue muy de cerca los trabajos del Consejo Ecuménico de las Iglesias.

Existen además en Francia e Inglaterra centros diversos de ecumenismo como las Jornadas de formación ecuménica que se celebran la primera semana de julio en Le Chatelard (Rhone). El P. Congar O. P. con su colección UNAM SANCTAM ha abierto la puerta ancha de los estudios cristológicos al Ecumenismo. En Alemania la actividad ecumenista entre los católicos es intensa. Índice de ella son el movimiento *Una Sancta* y su revista, los círculos del Dr. Lortz en la Universidad de Mayenza, y la *Conferencia Católica para las cuestiones ecuménicas*, que reuniendo en su torno a los mejores especialistas del mundo católico estudia los problemas que plantea el Movimiento Ecuménico y les busca la solución católica.

Innumerables encuentros interconfesionales autorizados por la Jerarquía son un índice de la santa ebullición que reina en el seno de la Iglesia, y del interés de la Sede de Pedro en el movimiento de unión de las Iglesias.

#### CONCLUSION

"*Católicos, protestantes, hermanos sin embargo*", es un librito sustancioso, que yo he releído varias veces, y al que en su introducción llama Daniel Rops "un libro de buena fe". En una serie de 12 cartas se van confrontando las posiciones católicas y protestantes. Los autores son el pastor calvinista Rilliet, párroco de la iglesia francesa de Zurich y el Canónigo Cristiani, profesor del Instituto católico de Lión, y experto en protestantismo, y lo hacen no en plan de destacar las diferencias sino de coincidir en lo común, buscando los caminos de la unión en la caridad de Cristo. La carta sobre el Ecumenismo es la mejor fórmula de la situación de las iglesias protestantes y católica en el trance actual ecuménico. El pastor suizo se duele del buscado alejamiento de la Iglesia católica de los

Congresos ecuménicos y sueña en el Te-deum que cantarán juntos en un santuario católico, y para evitar la idea de la anexión en su repetición, según los propios ritos, en una catedral calvinista. Y responde el canónigo Cristiani: "Nosotros creemos que ya existe la Unidad querida por Cristo, que no ha dejado de existir, y ello en el seno de la Iglesia. Hay entre nosotros unidad íntima, total, indefectible, unidad en la fe, unidad en la disciplina, unidad en la Jerarquía, en la comunión de los santos. Nosotros no deseamos nada más ardentemente que la reunión de las Iglesias, pero es imposible que la Iglesia católica se muestre infiel a su misión renunciando a la Unidad suya para negociar las condiciones de una falsa unidad, en cuyo seno cada iglesia seguiría siendo lo que es". Cristo no ha podido dejar su obra como presa fácil de las discusiones de los hombres. Entretanto la Iglesia católica trabaja, ora y espera, importunando al Espíritu Santo con la plegaria ininterrumpida, la constante caridad y el santo clamor de la sangre de los hermanos que tras los distintos "telones" siguen dando testimonio de Cristo y de su Iglesia. La unión no va a venir, probablemente de los encuentros, ni de las Asambleas o Congresos, sino, como lo indica certeramente Danielou, "se relaciona con esas profundas evoluciones interiores que llevan a modificar las posiciones de los problemas, a suscitar puntos de contacto imprevistos y que se desvanezcan las oposiciones". Es obra más bien del Espíritu Santo y de una mayor profundización de nuestra parte en la oración y en la caridad. Desde la convocatoria conciliar sabemos con certeza que el Espíritu de verdad interviene en el negocio. Sólo nos queda, pues, preparar los caminos de la unidad con una cruzada de oración, importunando sobre todo ahora al culminar el centenario de las apariciones de Lourdes, a María Stma. la "parte mejor, la mayor, la más importante, la más escogida, de toda la Iglesia" para que apresure los trámites como virginal embajadora de la Unidad cristiana.

Maracaibo, 27 de enero de 1959, en la  
Fiesta del Oriente Cristiano.

JUAN M. GANUZA, S. J.